

La Clave

Mi atención oscilaba entre mi patética imagen reflejada en el televisor y el llavero. Humedad en la nuca, como si unas ventosas se hubiesen enroscado en mi cuello para que fijase la mirada en esa llave plateada. Mi mano trémula se hizo con el enigmático objeto; la presión que sentía en mi cuello se transportó hasta mi pecho, instándome a bajar hasta el garaje subterráneo del edificio.

Los trasteros estaban alineados. La llave no encajaba, y como si se tratase de una vela en mitad de un vendaval, la sonrisa de mi hija se desvaneció. Los mimos de mi mujer se esfumaron. Los besos, las miradas, las caricias; la protección, la serenidad, el afecto. La felicidad languideció hasta que se convirtió en un único punto luminoso: la cerradura del último trastero.

La llave era la clave. Penetró en la cerradura y giró, mientras yo me despedía con una sonrisa.